

Jordi Amat

Ramis me representa

Lo dice la narradora en el tramo final de las *Les possessions*. “Siempre se nos ha dicho que somos hijos de la transición, que habíamos nacido con la libertad, que haríamos grandes cosas. Pero ¿y si en realidad somos hijos de la corrupción y esta libertad retórica fuera nuestra condena?”. La autora de la frase tiene 40 años y esta, que es la cuarta, es su novela más arriesgada. Desde la primera *-Coses que et passen a Barcelona quan tens 30 anys-* la mallorquina Lluïcia Ramis fabula su experiencia biográfica desde una óptica intencionadamente generacional. En ficciones, los *Superglús* de los sábados o en sus artículos de opinión (lo saben los lectores de este diario, pasen un par de páginas), a veces ha jugado a ser frívola, pero nunca ha dejado de ser auténtica. Y lo diga con un tono más hedonista o más contundente, más fresco o con más profundidad, durante una década no ha dejado de buscar palabras vividas para decir nuestro malestar.

¿Cuál? Rehago su frase. Los que tenemos 40 años, más o menos, hemos recibido como herencia un sistema degradado y no damos con la manera de recoser un marco para nuestra vida no ya de progreso sino de estabilidad. Pasa aquí, pasa en todas partes. Se ha ido difuminando el mundo que nos vio crecer. Nos sabemos atrapados en una telaraña de intereses menguantes que, como las calles, tampoco serán nuestros. Es una red que no sabemos cuándo empezó a tramarse, pero sí sabemos dónde nos sitúa: en las afueras, abandonando la juventud, contemplando un horizonte nebuloso. Ramis –lo escribo un 8 de marzo con la piel de mi ciudad pintada de violeta– me representa.

En una de las escenas de aquella primera novela, la narradora –una periodista, como siempre, y también podría ser una profesora precaria en la universidad como tantas– hablaba con el director del diario donde escribía y le preguntaba por su futuro. No te preocupes, le decía, todavía eres joven. Era el 2008. Pero la protagonista, que como dice el título vivía en Barcelona y tenía 30 tacs, no sólo constataba que su situación laboral seguiría siendo frágil sino que al mismo tiempo dejaba de ser joven y no se daban las condiciones materiales para poder consolidar una vi-

da adulta. No podía tener casa propia. Viéndose avanzando en el carril biológico que lleva hacia la primera madurez, hacía esta reflexión. “La vida. Aún me quedan treinta años por delante, antes de que pueda jubilarme; siempre que de aquí treinta años exista la jubilación, que no lo creo”.

Leída esta frase al cabo de una década, cuando también los jubilados han decidido organizarse para salir a la calle y recla-

Los de 40 años hemos heredado un sistema degradado y no damos con la manera de recoser un marco para nuestra vida

mar un compromiso que les garantice una vejez digna (una protesta tan justa como lo ha sido la de las mujeres), no se puede dejar de constatar de nuevo que el pacto social que vinculaba Estado y ciudadanía va languideciendo por arriba y por abajo de la pirámide generacional. Las novelas de Ramis se enmarcan siempre en este paréntesis de incertidumbre y orbitan en torno al

agujero negro de este malestar sociológico compartido: la política ha quedado desbordada a la hora de encontrar mecanismos para restaurar la confianza social que posibilita la continuidad del sistema que mayor bienestar ha dado a los ciudadanos de Occidente en toda su historia. No hay solución sin buena política, pero la política todavía no ha dado con la solución. ¿Cómo encarar este momento? Para afrontar la intemperie, huyendo del cinismo como alternativa de supervivencia cotidiana, Ramis ha apostado otra vez por adentrarse en el pozo de la memoria familiar.

Ya lo había hecho en *Todo lo que una tarde murió con las bicicletas* y ahora ha regresado, pero de una manera valiente y desnuda, con esta novela que ganó el premio Llibres Anagrama (y que, como la anterior, Asteroide editará en castellano). Aquí, a diferencia de la otra, no reconstruye con distancia lírica la pérdida de estatus de la rama belga de la familia materna, que habían sido propietarios de una industria minera en Asturias, sino que agarra el cuchillo para destripar momentos personales traumáticos que la tocaron muy de cerca. Aquí quienes los sufren son, sobre todo, su abuelo y su padre. Aquí hay corrupción y hay depresión. Pero también hay, posesionando su identidad femenina, otro hombre. Un periodista prestigioso con quien ella salió y que era lo bastante magnético para imponer una relación enfermiza aprovechándose de la fascinación de una chica dispuesta a humillarse por salvar una pareja donde el deseo se mezclaba con la admiración. No hay ley que pueda regular las fuerzas que pone en juego el amor.

En esta parábola del desconcierto presente, buscando la felicidad, la narradora quiere saber quién es yendo tan a fondo como sea posible, sin miedo y sin énfasis, en la descripción de sus orígenes. “También somos lo que perdimos. O quizás somos sobre todo eso”. Y aquello que aquí pierde es la casa que la religaba a la felicidad antigua: la finca donde creció, pisando la tierra y jugando a muñecas, donde la natural continuidad entre el mundo de los padres y el suyo era posible. Lluïcia Ramis me representa.



JOMA